

Homenaje a Antonio López Eire

6 de Febrero de 2009

Sr. Rector Magnífico, Sr. Decano, Sr. Vicepresidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, familiares de Antonio, amigas y amigos

“Alguien oír no puede
el rumor del viento en los jazmines.
¿Cómo compadecerlo?

¿Cómo compadecernos
por su ausencia?”

Antonio Carvajal, *Del viento en los
jazmines* (1984)

Con estas palabras iniciaba el poeta Antonio Carvajal un sentido poema por la muerte de su amigo Ignacio Pratt y hemos querido adoptarlas, porque ¿cómo podemos hacerlo? Es muy difícil trazar los sentimientos, la pena, compasión y auto-compasión que sentimos en el Departamento de Filología Clásica e Indoeuropeo por la pérdida, por la ausencia definitiva del Profesor Antonio López Eire, nuestro querido compañero y amigo, que fue también profesor de muchos de los profesores actuales. Me toca a mí representarlos aquí a todos ellos y se que mis palabras no van a poder reflejar el hondo pesar que sienten ni estarán a la altura de un maestro tan insigne de elocuencia como el fue.

Todos o casi todos los aquí presentes lo conocíais y sabíais que era un sabio, que tenía esa sabiduría tan prestigiosa del filólogo clásico y tan poco apreciada en nuestros tiempos. Y es verdad que era un magnífico lingüista y un conocedor en profundidad del mundo griego en todos sus aspectos. Era un helenista vocacional, que se dedicaba en cuerpo y alma a su trabajo, un lector infatigable, de los que no descansan nunca porque les gusta lo que hacen por encima de todo. Pero no era un filólogo de tan estricta observancia que no fuera capaz de ver más allá de los textos todas las posibilidades que su ciencia y su sabiduría podían transmitir al

mundo actual. Por eso podemos referirnos a su versatilidad que le llevó a crear una asociación y a crear una revista LOGO que enlazaba la retórica antigua con la moderna teoría de la comunicación y abría cauces para hacer Filología desde la actualidad y para las necesidades de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Me parece que esto es muy importante decirlo, porque tenía inquietudes más allá de los textos griegos que tanto amaba. Porque los amaba y los conocía tan bien podía encontrarles esa dimensión propia de los clásicos: son clásicos porque no han dejado de transmitir mensajes interesantes y útiles para los hombres de los más diversos lugares y épocas. Y esa dimensión es la que un filólogo de su talla no dejó de buscar y de transmitir constantemente con su difícilmente superable capacidad de palabra.

Nos han comunicado sus condolencias compañeros de todos los rincones de España y de muy diversas Universidades del mundo en las que pronunció conferencias o impartió cursos de doctorado, agradecidos por su presencia y porque les entregó generosamente sus conocimientos. Aprovechamos la ocasión para darles las gracias. También hemos recibido los pésames de muchos de sus alumnos repartidos por la geografía nacional, profesores de universidad, catedráticos de instituto y otros que partieron de su formación en Filología Clásica para dedicarse a otras actividades intelectuales, como la teoría de la comunicación o incluso la cinematografía, que no dejan de recordar lo mucho que aprendieron en sus clases y el rendimiento que aún le sacan a la formación que recibieron en ellas para sus profesiones actuales, a veces bastantes alejadas de la Filología Clásica. Es sorprendente cómo alumnos de los que no sabíamos nada desde hacía diez años o más nos han escrito conmovidos por la funesta noticia de su muerte.

Su pérdida es muy lamentable para el Departamento: hemos perdido el maestro que tantas tesinas y tesis dirigió y tantos buenos profesores formó; pero su pérdida va más allá de los límites del Departamento de Clásicas y de la Facultad de Filología de nuestra Universidad, porque el llevaba su magisterio a muchos lugares del mundo. Me voy a permitir comentarles un lance personal. El siempre respondía con prontitud a los requerimientos que se le hacían del currículum para los constantes reclamos burocráticos a los que en estos tiempos nos vemos sometidos. Pretendíamos entonces conseguir la mención de calidad para nuestro programa de doctorado y me tocaba a mí pedir información a los compañeros. Me envió su currículum, que es una especie de libro si se imprime, y observé que no

había puesto conferencias y cursos pronunciados en el extranjero, lo molesté de nuevo para que me proporcionara esa información y me envió un “addenda López Eire” con unas veinte páginas más.

También hemos perdido a un amigo y compañero, doblemente lamentado porque lo veíamos muy feliz en los últimos tiempos, contentísimo con su nueva condición de abuelo. Se ha ido en uno de sus mejores momentos, en plena actividad intelectual, cuando estaba lleno de vitalidad y alegría. Por eso nos unimos a su familia, a Maíta, a sus hijos, Juan y Lidia y a su nieto, que fieles a su carácter generoso nos van a permitir seguir teniéndolo de alguna manera en sus libros, que pronto estarán en los estantes de nuestra biblioteca. Para ellos nuestro cariño: tendrán siempre y para lo que quieran como amigos a las profesoras y profesores del Departamento de Clásicas. No sé si seremos capaces de aportarles consuelo, pero al menos lo intentaremos con la mejor voluntad. Quizás como en las antiguas consolaciones filosóficas el mejor consuelo es el que el podría aportarnos diciéndonos:

ναίω δ' ἠρώων ἱερὸν δόμον, οὐκ Ἀχέρωντος·
τοῖον γὰρ βίотου τέρμα σοφοῖσιν ἔνι.

“Habito la morada sagrada de los héroes, no la del Aqueronte, pues tal es la meta de la vida que les está dado compartir a los sabios”.

Rosario Cortés Tovar
Profesora Titular de Filología Latina
de la Universidad de Salamanca
Directora del Departamento
de Filología Clásica e Indoeuropeo